

Generalitat

DEDICADO A LOS CASTILLOS DE VALENCIA

Boletín de la Diputación
Provincial de Valencia
y de la Institución
"Alfonso el Magnánimo"

Número 8

Diciembre 1964

1964



Plaza de Estudiantes, con la ciudadela al fondo

PERFIL DEL CASTILLO DE SAGUNTO

POR

MARIA ANGELES RIPOLLES

*Haud procul herculei tollunt se litore muri
clementer crescente jugo quis nobile nomen
conditus excelso sacrauit colle Zacynthos.*

(SIL., Pun., I, 273 ss.)



mediados del siglo I de la Era Cristiana unos cadenciosos e inspirados versos de un poeta romano, Silio Itálico, cantaban, en su mundialmente famoso poema «Punicorum», las gestas de un pueblo heroico que supo hacer frente, solo y sin ayuda de ningún género, a uno de los ejércitos mayores y mejor organizados de su tiempo. El pueblo era Sagunto; el ejército, el cartaginés, mandado por uno de los más grandes caudillos de la historia, Aníbal; el tiempo, los años 219-218 a. de J. C., al comienzo de la segunda guerra púnica.

«No lejos de la costa, en una elevada cima, se levantan plácidamente los hercúleos muros de Sagunto, cuyo noble nombre inmortalizó Zacynthos, enterrado en lo alto de la colina.» Esta es la sencilla presentación que Silio nos hace de la inmortal ciudad en los momentos inmediatamente posteriores, históricamente hablando, a su debelación por las tropas púnicas. Hoy, dos mil años después, los hercúleos muros todavía se yerguen majestuosos en algunos lugares, si bien la crítica histórica ha destruido la hermosa leyenda del enterramiento del mítico Zacynthos en tierras saguntinas.

Estas consideraciones pueden darnos una idea aproximada sobre la antigüedad del castillo saguntino, emplazado sobre un cerro jurásico —última estribación de la sierra Calderona—, en cuya falda septentrional se asienta la actual ciudad de Sagunto. Su augusta silueta, que se recorta airosa en el cielo azul mediterráneo, es una de las más conocidas por propios y extraños entre el importante número de fortalezas con que cuenta el Reino de Valencia.

La disposición arquitectónica del castillo saguntino no ha sido siempre la misma, aunque su emplazamiento haya ocupado en todo momento la parte superior del cerro, aprovechando su especial topografía. Los testimonios arqueológicos, junto a los documentales, han ayudado considerablemente al estudio de la vieja fortaleza, cuya historia corre paralela y forma un todo indisoluble con la de la población, pues si ésta tuvo una gran importancia estratégica en la antigüedad fue precisamente por la acrópolis, calificada como inexpugnable hasta tiempos relativamente recientes.

Quien visite el castillo saguntino puede tener la seguridad de encontrar allí un vivo muestrario de épocas pretéritas, ya que en él se han hallado testimonios desde la cultura neolítica hasta nuestros días, aunque la mayor parte la suministren los hallazgos ibéricos, romanos, árabes, cristianos medievales y modernos. Si todas estas muestras no se han conservado en toda su integridad no ha sido porque actualmente no exista

un cuidado especial por todo ello —que, en efecto, existe—, sino por los avatares naturales que ha sufrido la fortaleza en los dos milenios largos de existencia como tal.

Tradicionalmente ha venido considerándose como más antigua la mitad oriental del castillo; y en efecto, allí se han hallado los restos de mayor antigüedad conocidos hasta hoy, según testimonio de González Simancas en las excavaciones por él realizadas entre 1921 y 1932. El francés Alexandre de Laborde fue el primero que llamó la atención sobre los restos de muros prerromanos levantados en la parte externa del actual recinto amurallado, en los sectores este y sudeste del castillo, tal vez los restos de la primitiva *Arse*, nombre ibérico con que aparece denominada la ciudad en las monedas más antiguas que se conocen.

Tal como hoy se encuentra, después de las reconstrucciones más recientes conocidas —las de la guerra de la Independencia y las guerras civiles del pasado siglo— el área amurallada del castillo saguntino, cuya longitud total abarca casi un kilómetro de este a oeste, se halla dividida en varias plazas —cinco para algunos, aunque en realidad son siete, puesto que dos de ellas están subdivididas en otras tantas—. Estas plazas, con más o menos modificaciones estructurales y toponomásticas, han venido siendo las tradicionalmente conocidas desde el siglo XVI, 1586 concretamente,

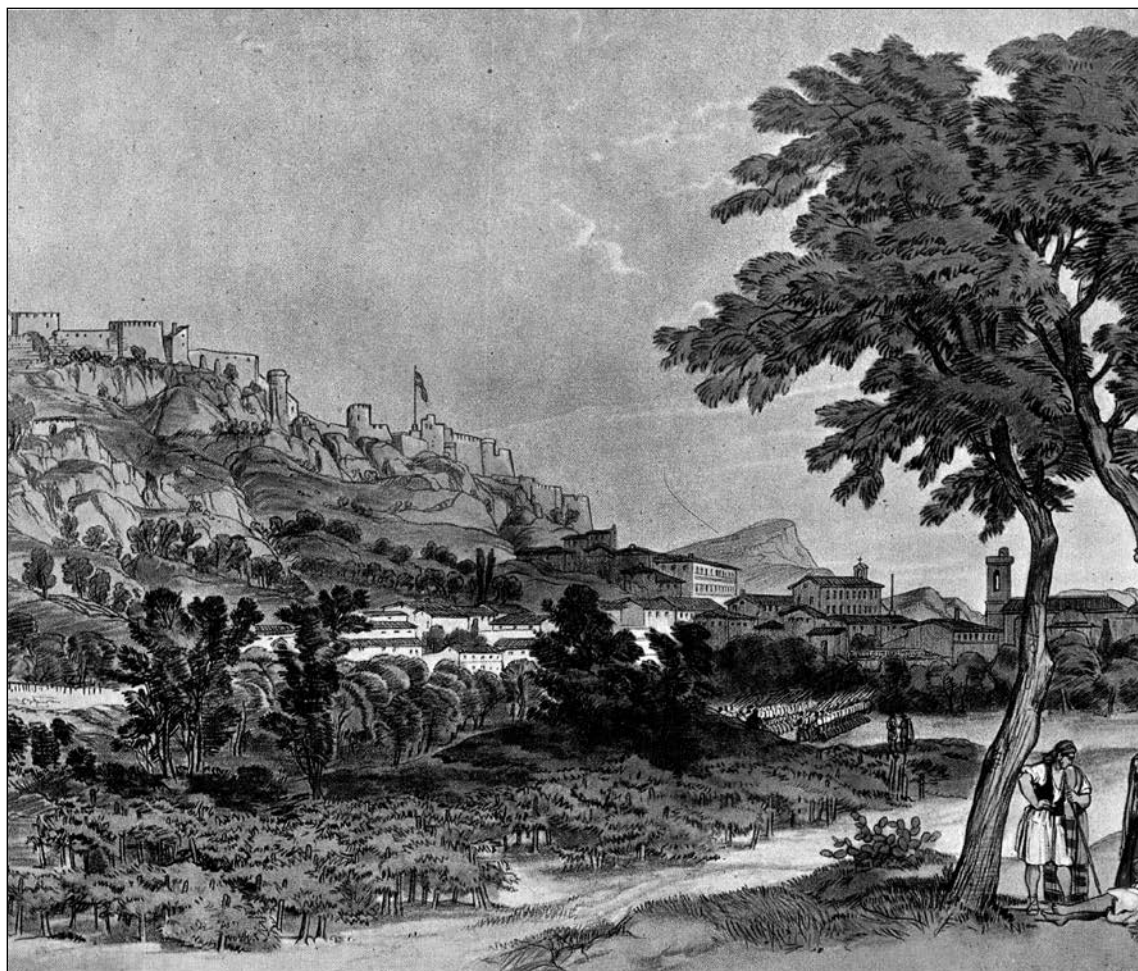
fecha en que es descrita por primera vez la fortaleza saguntina por el viajero flamenco Henri Cock.

La plaza más oriental de este castillo, completamente cercada y con puerta en arco de herradura, acceso al recinto por su parte occidental, es la llamada de *Almenara*, denominada también de *Bassecourt* en la guerra de la Independencia, en memoria del comandante general que hizo reparar y artillar el castillo en 1810. Esta misma plaza fue llamada *Saluquia* o *Celoquia* por los árabes. Restos de pavimentos y pequeños aljibes romanos, conservados *in situ*, y alguna que otra construcción sirven hoy para dar idea de la extensión alcanzada por las construcciones radicadas en aquel lugar durante la romanización. En los tiempos medios y modernos se guardó durante muchos siglos la artillería en esta plaza, pues su situación especial permitía batir los caminos hacia Valencia, Barcelona y Teruel, que entonces discurrían junto a la población.

La zona inmediatamente al norte de la plaza mencionada, más baja y fuera de los muros actuales, estuvo antiguamente amurallada, formando con la plaza inmediata, conocida por la *Conillera* o *plaça de la sistema dels nou pilars* —denominaciones que atestiguan la cría de conejos en la misma y la existencia en su recinto de una cisterna subsistente todavía en el ángulo norte—, el *albacar* de los árabes, o recinto más bajo del *arx*. Hoy, perdidas las murallas orientales, el lugar



Vista general de Sagunto según dibujo de comienzos del siglo XIX



Sagunto y su castillo según dibujo de comienzos del XIX

es conocido por *els tres castellets*, y en él son visibles aún unos recios muros de factura romana que denotan una línea de circunvalación de la acrópolis durante la romanización, trazado que difiere del medieval y moderno, tanto en su emplazamiento como en el sistema constructivo.

La plaza de Armas ha sido en todo momento el corazón del castillo, el núcleo de la vida del mismo, como lo atestiguan la cantidad y calidad de restos encontrados, sobre todo los que subsisten *in situ*. En ella se conservan restos de templos y palacios de época romana, de tipos variados. Gracias a las excavaciones realizadas, a las que se hizo referencia anteriormente, han aparecido los cimientos de las edificaciones que constituían el primitivo foro romano de Sagunto, opinión refrendada por el hallazgo de una inscripción monumental en la que uno de los elementos lo constituye la palabra *forum*, conjunto urbanístico que fue reconstruido en plena época imperial por un patricio saguntino llamado Cneus Baebius, según sabemos por la epigrafía conocida de *Saguntum*. En esta plaza o «cas-

tillo», como le llamaba Cock, estuvo durante la época foral la *casa de l'Alcayt*, y a la totalidad del recinto —que era más extenso que hoy, pues comprendía buena parte de las plazas de San Fernando y de Estudiantes, más hacia occidente— se le denominaba *plaça de Santa Maria Magdalena*, por la imagen venerada en la capilla que había junto a la casa del alcaide —o del gobernador, denominación que también llevó la plaza— hasta la guerra de la Independencia. Aparte los vestigios arqueológicos, que constituyen el complejo más interesante del castillo saguntino, tres cosas notables hay en esta plaza que diversos viajeros y tratadistas han remarcado con especial fervor: una es la gran cisterna de base romana sostenida por veintinueve pilares, situada junto al antiguo pabellón del gobernador de la fortaleza; otra es la disposición especial que adopta el extremo sudoccidental de la plaza —el más elevado de la misma—, en el que se produce una resonancia singular o eco, por lo que esta porción fue conocida siempre por *l'eco*, no faltando autores, como Laborde, que denominaron toda la plaza con tal nombre; la ter-



cera cosa notable la constituyen los calabozos situados en la parte meridional de la plaza, lóbregos receptáculos subterráneos conocidos por *las leoneras*, tristemente célebres en el primer tercio del siglo XIX por los juicios del general Elío.

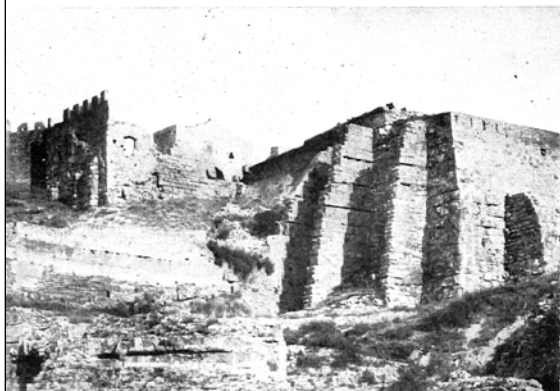
Una gran puerta, construida por los tiempos de la guerra de Sucesión, permite el paso a la hoy llamada plaza de San Fernando, plaza que tomó el nombre de su vecina más occidental, de la que constituyó una prolongación durante mucho tiempo. Actualmente se halla dividida en dos áreas claramente delimitadas por un extenso muro que va de este a oeste y una sencilla puerta de acceso. La superior se denomina plaza de San Fernando, y la más baja y en franco declive, plaza de *Estudiantes*, apelativo moderno que le fue conferido por haber estado situada allí durante el siglo XIX la escuela de la tropa que guarnecía el castillo. En el muro que mira al norte, en esta última plaza, estuvo situada la puerta medieval de la fortaleza, entrada de la que todavía queda el claro trazado. En la parte occidental y más elevada de este amplio recinto, excavaciones recientes dejaron al descubierto una serie de construcciones ibero-romanas y una amplia cisterna de la misma época. En la plaza de San Fernando son visibles, a ras del suelo actual, restos de edificios de factura romana, hallándose al oeste de éstos una gran cisterna romana, enterrada completamente, que suministraba agua al lugar denominado *els tres pouets*, que

antiguamente formaba parte de la acrópolis y hoy recae en la parte exterior, junto a la muralla meridional.

El punto más elevado del castillo saguntino, como es lógico suponer, recibe el nombre de *la ciudadela*, aunque el nombre tradicional no es éste, sino el de *castell* o *plaça d'Hèrcules*, nombre que adoptó de una antiquísima torre que existía en su punto más alto y que fue derribada por las tropas francesas en 1811. Una antigua tradición —que tomaron y creyeron algunos de nuestros historiadores regnicolas, como Escolano y Diago— atribuía a Hércules la erección de esta torre, edificada en memoria de su compañero Zacynthos y sobre la tumba de éste, fabuloso fundador de la ciudad según los autores clásicos latinos.

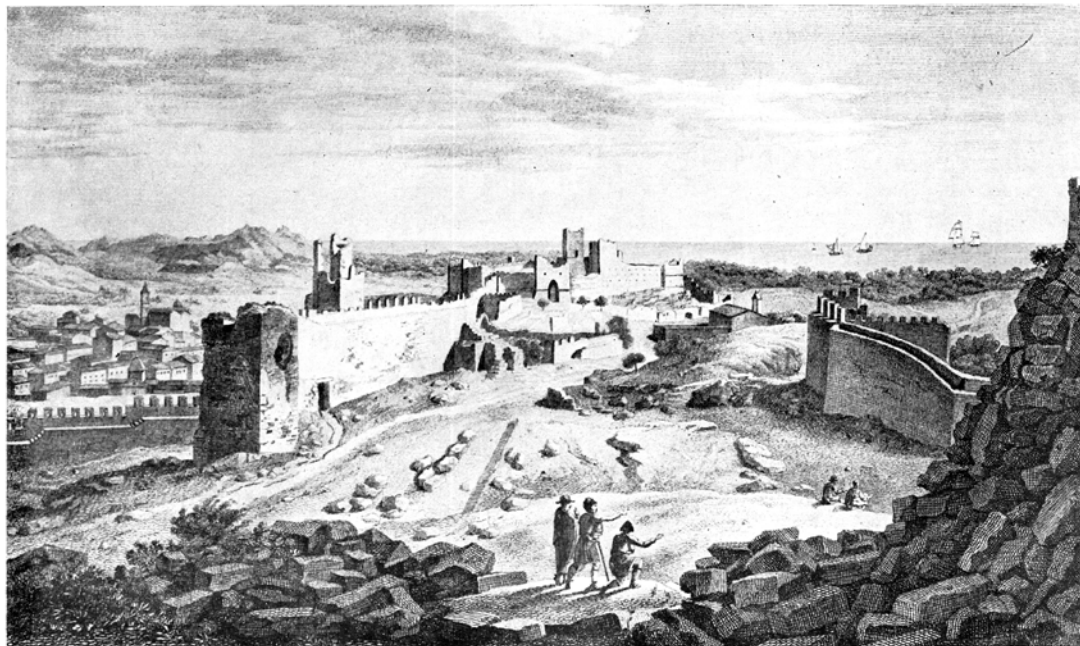
La plaza más occidental de todas es la llamada hoy de *l'Espoló*, por la forma que adopta en su parte final, semejante a una quilla invertida. Durante el siglo pasado recibió el nombre de *plaza del Dos de Mayo*, en recuerdo de la heroica defensa que en ella se hizo contra el mariscal francés Suchet en 1811. Parece que la denominación de esta plaza por los árabes fue *Barrania* o *Barrani*, pues tal es lo que Cock nos dice en su mencionada descripción: «El quinto y último se llama de la torre Barravia [*sic*] por estar en él la dicha torre. La palabra *Barrania* es arábica y quiere decir, en romance, forana. Estaba esta torre en lo último de la sierra y costó tanto trabajo al rey don Pedro de Portugal de ganarla que la cercó después y la metió den-

Contrafuertes ibero-romanos y parte de la plaza de la «Conillera»



Plaza de Armas





Vista de la ciudadela de Sagunto según un grabado del siglo XIX

tro con los otros castillos, porque no estaba más que a un tiro de ballesta de los otros castillos. Dentro de la dicha torre hay una cisterna muy honda, que los ciudadanos piensan ser hecha por el mismo rey.» Sea o no cierta toda la historia referida por Cock hay un hecho evidente que viene a apoyar sus palabras. Los pescadores, que como se sabe usan una nomenclatura toponomástica muy peculiar entre ellos, denominan al castillo de Sagunto con la palabra *barrani*. Y cualquiera que contemple desde el mar la fortaleza saguntina podrá apreciar que la parte más visible desde aquél es la más elevada y última, es decir, la comprendida entre las torres de la ciudadela y las hoy desaparecidas *barrani* o *barranis*, próximas a las llamadas *altures d'Anibal*, en la parte exterior, al occidente del castillo.

A grandes rasgos éste es el perfil de un castillo con más de dos milenios de existencia, castillo cuyas piedras han sabido, en su prolongado contacto con el hombre, de hechos imborrables en los anales de la historia patria. Porque estas piedras contemplaron el paso de los ejércitos púnicos, con sus abigarradas huestes y exóticas cabalgaduras, de la misma manera que más tarde oírían el clamor de las legiones romanas en la repercusión, en tierras ibéricas, de las guerras civiles de la metrópolis. Piedras que se estremecerían también con las invasiones bárbaras, del mismo modo que luego, entre el trepidar de cascos de caballos y el férreo chocar de las armas, escucharían la voz enfervorizada del muecín o el lujurioso canto de una arábiga cassida... Y así, con la llegada de las tropas catalano-ara-

gonesas de la reconquista, y más tarde y en diferentes etapas, con los hechos belicosos de las guerras de la Unión, de los dos Pedros, de las Germanías, de Sucesión, de la Independencia...

Porque si el perfil topográfico y arquitectónico del castillo de Sagunto constituye un gigantesco y multiforme mosaico de culturas, el perfil histórico es la culminación política, social, económica, espiritual, viva en fin, de esas mismas culturas que se asentaron sobre el milenarío cerro saguntino.



«La toma de Sagunto por Anibal», según el dibujante de la «Coronica general de España», de Pero Antón Beuter (primera mitad del siglo XVI).